aspecto, que le haré los honores que se merece... *le haremos*, señor Montiel, si usted gusta.

Tobi agradeció el convite, sin aceptarlo; fuése Rocco y el *Mozart* acometió los comestibles con pujanza impropia de su endeble persona: mas no por dar que hacer á las mandíbulas, dejaba de manosear papeles en los raros intervalos que el abastecimiento de la boca se lo permitía.

—Usted me disculpará, señor Montiel—decía mascando aprisa—pero me viene el tiempo tan corto... convengo en que esto de comer y juzgar á la vez, no es digno de la seriedad de la justicia. Sin embargo, proseguiré mi apartado, pues á las ocho comienza la sesión, y poco falta para las ocho..... Decíamos... ¡ah! decía usted... permítame que no dé crédito á sus declaraciones: ¡usted tránsfuga! se halla usted desalentado, mas pronto la reacción sobrevendrá y renacerán las fuerzas. Cierto es que ustedes los que cultivan las artes de lujo, diré así, las que para ser debidamente apreciadas exi-

gen un caudal de cultura relativo, (y lo mismo digo de los cultivadores de las bellas letras) luchan con mayor desventaja que nosotros los que nos entretenemos en regalar los oídos. La música, señor Montiel, todos la entienden: es el idioma universal de las almas. Deme usted un violín, y le aseguro que en ninguna parte me moriré de hambre. Así, no es extraño que vaya tirando mal que mal: las lecciones no escasean, el sueldo de la notaría cubre mis necesidades, y á pesar de ocupaciones tan varias, encuentro espacio para componer mi ópera. ¡Mi ópera! el día que logre montarla en un teatro..... Pero comprendo que el arte no da de sí, y que la misión que nos hemos impuesto de fomentarlo, es la más romántica de las empresas; luego, no tenemos dinero, y sin dinero no se va á ninguna parte. Cuente usted los escogidos de mi derecha: ¡buen puñado son tres moscas! el *Fomento* se hunde á los golpes del mercantilismo, que socava sus cimientos. La penuria y el desaliento han diezmado la lista de

socios..... Si usted se marcha también, ¿qué nos queda sino cerrar las puertas y con la venta de los trastos pagar las trampas hasta donde alcance la sábana?

Concluía de comer y dispuso los restos en la bandeja, barriendo con la servilleta las migajas que sobre la mesa habían caído. Tobi, entretanto, paseaba cabizbajo. Llamó el músico á Rocco, entrególe el servicio, y al mismo tiempo preguntaba á Tobi: «¿Habrá usted comido ya?...» sorprendiéndole la negativa del mozo y aquel ademán que valía decir:

—No, no tengo gana, ni podría pasar bocado.

Ya estaban alumbradas todas las salas: el *Laocoonte* de la principal mostraba el contraído torso, amenazado por horribles serpientes, lucha épica que hasta los cristales, cerrados por causa del relente, atrajo á Tobi; sí, aquélla era la representación de su vida: los dos hijos de su alma, el Arte y el Amor, devorados por dos monstruos, el Mercantilismo y el Positivismo, sin que él,

padre infeliz, pudiera evitarlo. Pensativo, no contestaba al músico que, satisfecha la mezquina humanidad, en charlar y anotar papelotes más animado parecía.

Llamaron á la cancela, y Rocco dió entrada á dos neófitos, cada cual con su carpeta bajo el brazo, luego á tres, más tarde á uno y á otros más, á quienes saludaba con aquel *buona sera, signori*, propio de la Sixtina: en la sala del *Modelado*, en la *Del Natural* se dispersaban, y se oía el rumor de los bancos arrastrados, de los cajones abiertos, del parloteo infantil que en la escuela remeda la algarabía de los pájaros en el bosque; algunos pollanclones revisaban periódicos en la sala de lectura, antes de dedicarse á su tarea, ó echaban un cigarrillo esperando al profesor remolón.

A la *Directiva* habían entrado dos miembros conspicuos, aquel poeta-saladerista y otro que no era ni poeta, ni músico, ni pintor, ni nada parecido, pero que tenía un flaco por mezclarse con la gente del gremio y podía pasar por el más rico y generoso

de los socios, sobre cuyas espaldas, en estricta justicia, gravitaba el mayor peso del *Fomento*, sosteniéndolo él muy á gusto porque el título y el roce le daban cierto relumbrón de ilustrado y progresista: habíanle elegido vicepresidente, y en realidad era el cajero de la asociación, quien acudía á muchas de sus necesidades, y no digo á todas, pues éstas resultaban tantas que una sola bolsa no podía remediarlas sin escurrirse y quedar en seco, y él no era ni tonto ni pródigo. Flotaban aún en la salita las moléculas odorantes del salchichón y del queso prosaicamente engullidos por el *Mozart* tragaldabas, incienso singular que alarmó los nasos de ambos al penetrar en el templo; y dijo el poeta, como más sensible:

—Huele aquí á comilona...—disculpándose el músico por su debilidad estomacal y la urgencia del trabajo, que no le dejaba espacio para satisfacerla en alguna fonda cercana.

Sentáronse todos y deliberaron si debían aguardar á tres miembros que faltaban,

decidiéndose que no podía abrirse la asamblea con un sólo vocal, el secretario, Tobi, y el tesorero, por tratarse de asuntos graves, cuya solución influiría poderosamente en la marcha del centro; entretanto, se pusieron de acuerdo sobre lo que había de hacerse, que era sostener, con patriotismo y á todo trance, la sociedad, dándole un buen presidente de puntal para que no se viniera al suelo, abundando el vice y el poeta en disquisiciones de mucha miga y peso. A todo esto, aquél se pavoneaba, por creer segura ya la soñada exaltación al sillón presidencial; al principio de la discusión, el músico, con descorazonamiento doloroso, presentando el puñado de escogidos que encerraba en su diestra, insinuó la cobarde idea que á Tobi señalara poco antes; pero protestó el poeta y protestó el vice muy airado:

—¡Lo que nos falta es un presidente que gobierne y que organice seriamente la sociedad!

No añadió *que pague,* porque era levantar

su propia candidatura; pero si él no lo dijo, el tesorero lo indicó sin reparos, y esta indicación fué aplaudida por el poeta. Y él, haciendo orejas de mercader para lo que había oído con suma complacencia, por parecer modesto y nada ambicioso, prosiguió:

—Sí, señores, esto es lo que yo he de sostener apenas tengamos *quorum;* y sin embargo, ya lo ven ustedes, ¿qué pito toco en la función? ninguno, por desgracia. Pero me entusiasma el arte, me muero por los artistas (no se ría usted, señor poeta, que no lo digo en femenino) y me da mucha vergüenza que centros intelectuales como éste no puedan tener vida propia en la República. La tendrá el *Fomento*, ó poco hemos de valer; los recursos de alguna parte saldrán, y estoy seguro que en esta obra de reorganización no se me dejará solo. Haremos exposiciones anuales, unos *Salones* de primera, si no rivales de los parisienses, poco menos..... Porque el gusto se forma de esta manera, y hay que inculcarle al público la afición. Lo demás vendrá por sus

cabales: local propio, fiestas, certámenes, conferencias. Y brotarán los artistas como los hongos, y los que ahora están amodorrados recobrarán el calor, etc., etc. ¿Me han entendido ustedes? pues manos á la obra y pecho al agua.

A Tobi, que no pestañeaba ni había dicho palabra hasta entonces, dirigióse *Mozart* con viveza:

—Señor Montiel, que me quede ciego si no estoy viendo esa aurora del siglo XXI á que usted se refería, y no más lejos que mañana.

—El señor Montiel—dijo el vice—es de los amodorrados, que entrarán en calor así que se deje sentir la influencia bienhechora del cambio de medios y de rumbos en nuestra sociedad.

Se cuidó poco de exponer qué medios y qué rumbos serían éstos; pero el poeta y el músico, boquiabiertos, se pasmaban. Seguía el visionario pintando como quería, cuando los tres miembros faltones se presentaron, con excusas de su tardanza, quién por de-

morarse en su bufete de abogado más de lo regular, otro por haberle detenido el *patrón* en la *barraca* y no acabar nunca con la cuenta de los fardos de lana, y uno chiquitín y bisojo, periodista de ocasión, por tener que concluir una crítica literaria *rajante*... En suma, que el areópago estaba en pleno, y ya podía el señor vicepresidente abrir la sesión y presentar sus planes asombrosos.

Era el vice (fuerza será retratarlo) un joven espigado, algo pelón, casi lampiño, de nariz muy prominente, miope ó présbite, por gastar lentes de oro, de ademanes sueltos, lengua fácil y no escaso meollo. No recuerdo su nombre, y así no lo estampo aquí, que sí debía, porque el uso nobilísimo á que su mucha guita aplicaba, merecía fuera perpetuado para ejemplo de ricachos avariciosos, ignorantones y retrógrados. Digo, pues, que integrado el consejo, se levantó el generoso apóstol, afirmó los dorados lentes, extendió el brazo, ademán oratorio que siempre resulta de excelente efecto en todo exordio, y pronunció:

—Señores...

Repito que no sé si era miope, pero de cualquier manera debía ver poco, porque apenas notó el movimiento de los oyentes, que fué de sorpresa hacia la puerta, en vez de atención hacia él; y quizá también, preocupado en dar forma al primer párrafo de su discurso, no puso mientes en la actitud general, en las frases que estallaron, en Tobi, que abandonaba su asiento, y en la puerta, que se abría.

La puerta se abría, al punto que él daba comienzo á su peroración:

—Ausente nuestro Presidente.....

Mas de pronto se calló, al distinguir á Leonardo Samos, en persona, que había entrado y adelantaba hacia la mesa con andar de sonámbulo, marchito el color, febriles los ojos, enflaquecido de carnes, derrotado de traje y con todas las señales de quien está falto de juicio; adelantaba, convidado de piedra que por la hendidura de la pared se coló y la sorpresa y el espanto provoca, y todos se apartaban para darle

paso, y el vice, poco á poco, de la silla presidencial escurríase, le cedía el asiento, invitábale á ocuparlo con mímica temerosa. El gran Leonardo se sentó, cubriéndose los ojos con el sombrero y poniendo los dos codos sobre la carpeta de escribir; nadie chistaba. Así pasaron minutos, y se pasaran horas, él abstraído, los otros mudos de asombro y de pesadumbre, hasta que sonó una voz ronca, debajo del ala del sombrero los labios agitáronse, y como queja de niño dolorido estas palabras se escucharon:

—Mi mujer, mi pobre mujer, no quería dejarme salir, y escondía la llave con que me ha tenido encerrado durante un año lo menos; yo le dije: «Mira, mujer, serpiente ó lo que seas; si no me das la llave, te estrangulo: porque nada más que de verte, me vienen malos deseos.» «¿Que para qué quieres salir?» «Pues para ir al *Fomento*, yo hago mucha falta en el *Fomento*, tengo de llevarles un mensaje á aquellos locos del *Fomento*.» Ella se emperraba en no darme la llave, y yo más me emperraba en salir.

«Que mañana irás al *Fomento*, cuando vengan por ti esos señores que te llevarán á pintar tu *San Martín*.....» «Que no, que ha de ser esta noche, y si no me das la llave, mato á dos mocosos de éstos.» Al fin me dió la llave y salí y aquí estoy. Tenía miedo que me prendieran en la calle, como aquel día que me echaron de allá, de la Aduana, y me llevaran otra vez á mi casa; pero no me han preso. Caminaba, caminaba, y detrás sentía el aletear de Mercurio persiguiéndome, de ese ladrón enemigo; y yo me volvía para decirle: «¡Pierdes el tiempo, canalla! no me alcanzarás; ¡si no he de ser de los tuyos, no he de entregarte mi paleta y mis pinceles! mátame por la espalda, ciega mi razón, arrebátame mi mujer y mis hijos, si quieres, pero mi paleta y mis pinceles no te los doy, ni por convicción, ni por fuerza. Yo soy hijo de Apolo, y te desprecio, te odio, mercachifle villano. Me ahogarás, pero no vencerás mi ánimo, y mi último aliento será para la Musa que me inspira.» Decíale otras picardías, y él ale-

teando siempre tras de mí. No pudo darme alcance, y le dejé plantado en la puerta de esta casa. Ahí está delante de la cancela, esperando que salga, para quitarme mis pinceles..... ¿los ves, perro ladrón? (*esgrimiendo una regla y un lapicero*) ¡pues no he de dártelos nunca, nunca! los guardo, como Fontes su cincel, al echarse al agua, dentro del corazón. ¡Ah infame! no pudiste vencer á Fontes, y tampoco me vencerás á mí.....

Ya no eran quejas las suyas, sino rugidos feroces. El sombrero había caído hacia la nuca, y los ojos zarcos relampagueaban. Empeñado en esconder la regla y el lapicero, el pecho con ellos golpeaba desesperado: al fin, logró introducirlos en el bolsillo interior de la chaqueta, y rióse entonces, mofándose del enemigo imaginario:

—Ven, perro, ven, ladrón, ven, infame, á quitármelos ahora, ¿á que no los encuentras? los he encerrado dentro del corazón, y ¡tendrás que arrancármelo para arrancármelos!

Tobi, el vice, el músico, el poeta, todos,

conmovidos, le rodearon, y Tobi, abrazándole, cariñosamente decíale:

—¡Leonardo! si estás soñando, aquí no hay nadie que pretenda hacerte daño, y si lo intentara, nosotros, tus amigos, tus hermanos, lo impediríamos; ¡mira cuántos somos! pues todos hemos de defenderte.

Leonardo no se daba á partido:

—Si vosotros no le veis, ahí, ahí delante de la cancela; y hace ya tiempo que me persigue por quitarme mis pinceles: el aleteo de sus pies me suena en las orejas como el zumbido de un moscardón... ahí, ahí, delante de la cancela; ¿no veis cómo le reluce el casco y el oro del caduceo? ¿cómo brillan las esmeraldas de sus dos víboras? así espera fascinarme y fascinarnos á todos. Porque á todos nos persigue y á todos nos acecha. Tobías, esconde el cincel, que no le vea: también quiere quitártele. A todos pretende reducirnos á su esclavitud, y no debemos ceder, como cedió Llano, el cobarde. Morir como Roberto, antes que ceder. Pero, escondámonos, entretanto, y es lo que

venía á deciros: que no dé con nosotros, que pierda el rastro. Mi mujer me tiene preparado un escondite seguro, muy seguro, donde él no podrá entrar, no sé dónde, allá muy lejos, allá muy alto, entre las nubes... ¡chit! ¡que él no lo oiga! ¡vosotros debéis huir también, alejaros, cruzar los mares, refugiaros donde él no reine, para salvar el Arte argentino que él quiere ahogar! ¡chit! que no lo oiga..... Como custodia de piedras preciosas, le tendréis oculto donde él no pueda echarle la zarpa ¡qué chasco para el ladronazo! eso, eso, huir, huir, sino somos perdidos. Es lo que venía á deciros, venía á daros el alerta: ¡él está ahí, ahí! ¡cuidado! ¡mucho cuidado!

Miraba al patio, aterrorizado y temblando. El músico le dijo:

—Señor Samos, ha de saber usted que aquí el señor *(señalando al vice)* se trae unos proyectos que darán al traste con ese enemigo maldito nuestro y le harán morderse los puños de rabia, los cuales proyectos, si se realizan (y se realizarán), ayudarán á su derrota vergonzosa.

—¡Chit! ¡silencio!—hizo de nuevo Leonardo—¿no oís su risa burlona? le ha oído á usted y se ríe; ¿no ha de reirse? si frente á frente, no podemos con él... *(levantándose con ímpetu)* ahora quiere entrar, empuja la cancela... ¡y le abren! ¿quién es el traidor que le abre? ¡ahí entra, entra! ¿dónde me escondo?

Apretó contra su pecho lo que él creía sus pinceles, é intentó escapar, pero Tobi y los otros forcejearon por detenerle:

—Si es Rocco el que ha abierto la puerta, y quien entra es un alumno del curso de dibujo, ¿no le ves? ¿no le reconoces?

—¡Dejarme, que no me encuentre!—repetía el desgraciado...—¡otra vez el aleteo de sus pies, aquí, más cerca, más cerca!

Dió una zancada y un salto, y apagó el gas, de golpe. Todos, instintivamente, se apretaron unos á otros. Y en las tinieblas, se escuchaba la voz ronca y extraña:

—¡Qué chasco para el maldito! ahora sí que no nos pilla. Acércate, que no sabes la

que te aguarda. Vámonos, vámonos; como está obscuro, no nos verá. ¡Huyamos!

Con un brazo y con otro, cogió á los demás y les arrastraba. Ellos le dejaban, por temor de exasperarle. Seguíanle con tanto sigilo, como si efectivamente alguien les acechara. En el patio, Leonardo apagó también el farol, y arrimándose á las paredes, se agazapaba, se escurría.

—¡Chit! silencio, despacio, que si nos atrapa... ahí está delante del aljibe y mira á todos lados: ¡ha perdido la pista! ¡busca, malvado, busca! ¿veis? ahora se cuela en la *Directiva* ¡qué chasco! escapar, escapar prontito.

Puesto el dedo en los labios, completamente extraviado, apareció en la sala *Del Natural*, y los que en ella estaban, sorprendidos del extraño grupo, se levantaron; pero á las señas tranquilizadoras de Tobi y sus compañeros no atendían, por escuchar el singular discurso del Presidente:

—¡Silencio! ahí está, en la *Directiva*, buscándonos bajo las mesas y las sillas; cuando

se canse de buscarnos, vendrá aquí. ¡Es preciso huir, huyamos!

Mirábanle los otros, y el estupor les mantenía quietos.

—¡Huyamos!—repitió Leonardo furioso —¿no os digo que está ahí el enemigo nuestro, el infame Mercurio? he visto su caduceo de oro y sus dos víboras de esmeraldas. Hay que salvar el Arte argentino. ¡Huyamos!

Ni le entendían los otros, ni se movieron; y él, más furioso todavía, se abalanzó á apagar el gas, y le apagó. Luego empujó á todos delante de sí, hablándoles las mismas cosas, rogándoles, amenazándoles; y todos, asustados unos, lastimosos otros, cedían dócilmente. En la sala del *Modelado* mató la luz también y echó á todos fuera, lo mismo que en la V y en la II; pero en la principal, las figuras de yeso le paralizaron y dió diente con diente.

—Si entra aquí las destrozará de rabia: ¡cerremos las puertas, cerremos las ventanas!

Corría de un lado al otro, sus manos trémulas golpeaban las maderas, hacían girar los picaportes, y sin atinar á cerrarlas, á cada una que él imaginaba haber condenado, daba un grito de júbilo.

—¡Ahora no podrá, no podrá! vámonos, huyamos, que le siento aletear en la sala inmediata.

Tenía la cara tan descompuesta, el aire tan extraviado, que infundía miedo. Dió nuevo salto y cerró también el pico del gas, arrastrando á todos para que le siguieran.

Rocco apareció en el patio, de pronto, inquiriendo la causa de tan rara maniobra, y no bien abrió la boca, recibió un guantazo del demente:

—¡Sal, malvado! me buscas y quieres atraparme, ¡toma, perro!

Hubieron de quitársele de entre las manos, que sino allí mismo fenece el manso milanés. Quien antes que se lo advirtieran, corrió hacia la calle y detrás corrieron los otros, menos Tobi, el vice, el poeta, el músico y alguno más, que de los brazos habían

cogido á Leonardo y suavemente le sujetaban.

—¡Ya me vengué de ese ladron!—decía él—¿veis cómo escapó? pero volverá, volverá; cuando vuelva hallará cerrada la puerta y no podrá entrar...

Por la de la calle, la claridad de un farol vecino les favorecía para no tropezar. Y salieron á la acera, siempre arrastrados por Leonardo, que en el umbral se demoró buscando rabiosamente la llave.

—¿Se la ha llevado él? si la llevó, estamos perdidos.

Se la dieron para calmarle, y él, triunfante, juntó las dos hojas, echó los pasadores, y cuan largos eran extendió ambos brazos sobre la puerta para defenderla de toda intrusión maléfica.

—¡Ya está cerrado el templo! y ninguna planta sacrílega podrá profanarlo! si él viene, se estrellará en estos umbrales, y como el demonio á la vista del cielo, blasfemará de ira y se retorcerá de desesperación. Hemos cumplido nuestro deber. Ahora, huyamos!

Los que pasaban, viendo aquel grupo y aquel hombre en tan extraña actitud, se detenían, curiosos. Leonardo, rechazando á sus compañeros, que no podían con él, corrió hasta la esquina, en la boca de la cloaca arrojó la llave, por que no la encontrara jamás su perseguidor enemigo, y sin volver la cara ni dar oídos, perdido el sombrero y el seso, huyó sin rumbo...

X

—¿Tobi?

—Sí, tía Bernarda, pase usted.

Como una sombra, pendiente de los hombros el mantón negro, penetró la señora en la alcoba del sobrino, que sobre los peldaños de una escalerilla de mano, descendía de sus clavos, uno tras otro, los dioses de ojos hueros, inspiradores de sus sueños desvanecidos.

—Pase usted, tía Bernarda—repitió desde arriba—me encuentra usted hecho un furioso iconoclasta, derribando de sus altares estos ídolos; ¿le parece á usted que los echemos todos á la hoguera?

Mostraba los bonitos cuadros, de varillas